



Mar
29
Oct
2019

Evangelio del día

Trigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: San Joaquín Royo (29 de Octubre)

“¿A qué lo compararé?”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 8, 18-25

Sostengo que los sufrimientos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá. Porque la creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios; ella fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por uno que la sometió; pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto. Y no sólo eso; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la hora de ser hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvados. Y una esperanza que se ve ya no es esperanza. ¿Cómo seguirá esperando uno aquello que ve? Cuando esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia.

Salmo

Sal 125,1-2ab.2cd-3.4-5.6 R/. El Señor ha estado grande con nosotros

Cuando el Señor cambió la suerte de Sión,
nos parecía soñar:
la boca se nos llenaba de risas,
la lengua de cantares. R/.

Hasta los gentiles decían:
«El Señor ha estado grande con ellos.»
El Señor ha estado grande con nosotros,
y estamos alegres. R/.

Que el Señor cambie nuestra suerte,
como los torrentes del Negueb.
Los que sembraban con lágrimas
cosechan entre cantares. R/.

Al ir, iba llorando,
llevando la semilla;
al volver, vuelve cantando,
trayendo sus gavillas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 13, 18-21

En aquel tiempo, decía Jesús: «¿A qué se parece el reino de Dios? ¿A qué lo compararé? Se parece a un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en su huerto; crece, se hace un arbusto y los pájaros anidan en sus ramas.»
Y añadió: «¿A qué compararé el reino de Dios? Se parece a la levadura que una mujer toma y mete en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Hoy se nos regala una palabra: ESPERANZA

En Romanos 8 San Pablo nos muestra la palpable realidad de que la vida del hombre sobre la tierra es lucha, tribulación, dolor.

Cuando nace un bebé, lo primero que escuchamos de él es su llanto. El paso de la seguridad del seno materno a una etapa nueva de su vivir es doloroso, incierto... Su instinto le hace prorrumpir en llanto.

Y lo último que solemos ver cuando un ser querido nos deja es una lágrima en sus ojos.

En ese tiempo intermedio que llamamos vida, ¿qué puede suceder? Es nuestro personal camino hacia la meta que Dios nos ha prometido,

camino que en su primer trayecto suele recorrerse bastante ligeramente, pero en el que, poco a poco, vamos tropezando con sus piedras, sus dificultades que hemos de solventar, en definitiva con el dolor, con los padecimientos.

Y Pablo nos asegura que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria que en Cristo se nos ha prometido. Podríamos entretener nuestra reflexión en dilucidar sobre la gloria... pero no. Prefiero reflexionar en el porqué de esa seguridad.

Y es que de ese mismo anhelo del caminante por superarse y alcanzar la meta, participa toda la creación que “fue sujeta a la vanidad no por propia voluntad, sino por aquél que la sometió”.

Y bien, ¿qué es lo que hace que nos mantengamos en pie, con firmeza, sobre todas las dificultades?

También es Pablo el que nos lo dice con toda claridad: “La esperanza en que fuimos salvados”. Y ¿cómo podemos esperar en aquello que no vemos? Porque confiamos en Aquél que nos ha hecho la promesa, en la Palabra de Cristo-Jesús.

Y es por eso que podemos cantar con el salmo 125: “Cuando el Señor cambió la suerte de Sión...”. Alabanza, alegría, gratitud... Es un salmo que nos posibilita expresar esos sentimientos que brotan de un corazón en el que habita la ESPERANZA.

¿A qué lo compararé?

Y Lucas en el Evangelio nos habla del reino: “¿A qué lo compararé?”.

Y al reflexionar sobre ello se me ocurre una respuesta para cada una de las semejanzas que Jesús elige:

_ “Al grano de mostaza...”: a una vida, aunque sea muy pequeña e insignificante, entregada hasta el límite, que permanece oculta-enterrada para tener fuerza y poder dar vida. Y los que estamos llamados a vivir el evangelio debemos ser así, sin apariencias ir dando vida en torno nuestro porque se nos está dando “del árbol de la vida”, de Cristo, en su Palabra y en sus Sacramentos. Semilla que desaparece y transforma por la fuerza de Cristo, siendo capaces de fortalecer e iluminar a los que nos rodean.

_ “A la levadura que fermenta toda la masa”: basta una pequeña parte de levadura para que se produzca la fermentación total.

Si es Cristo la levadura en nuestras vidas; si es Él quien guía nuestros pasos e informa nuestras acciones, cualquier pequeño movimiento de nuestro corazón hacia los demás puede estar propiciando la extensión del Reino.

La levadura solo puede fermentar la masa si se hace una con ella. Sólo el Amor une y transforma. Sólo el Amor fortalece el REINO. Sólo desde la hondura de una fraternal y compartida vivencia de Dios, de su Amor, se puede hacer frente a la disgregación.

Caminemos pues, viviendo en la Esperanza hasta alcanzar el logro de la plenitud del Reino, dejando atrás toda aflicción y dolor, superados por la gloria prometida.



Sor María del Rosario Hernández O.P.
Convento de Santo Domingo (Zaragoza)

San Joaquín Royo

El día 3 de octubre de 1691, los esposos Joaquín Royo y Mariana Pérez llevaban a bautizar a su hijo recién nacido, al que le impusieron el nombre del padre. La iglesia parroquial de Hinojosa de Jarque (Teruel) fue escenario de la entrada de Joaquín Royo Pérez en la Iglesia de Jesucristo, a quien dedicó toda su vida y por quien daría hasta su última gota de sangre.

A los dieciocho años dio una respuesta clara a lo que desde niño sentía como una llamada de Dios: ser religioso, sacerdote, misionero. En 1709 se dirigió al convento de los dominicos de Nuestra Señora del Pilar en Valencia, en el que pocos meses después tomaría el hábito de la Orden de Predicadores. En el corto tiempo que estuvo en su convento, noviciado y primeros estudios eclesiásticos, dio muestras de una vida llena de Dios, que se manifestaba en la oración, en la vida común y en sus crecientes deseos de ser enviado a tierras de misión en el Extremo Oriente.

El día 17 de septiembre de 1712 zarpaba rumbo a Filipinas, en compañía de San Pedro Mártir Sans, que sería obispo y compartiría la palma del martirio, y otros profesos dominicos que continuaron su formación eclesiástica durante la larga travesía marítima y la terminaron en Manila.

Después de su ordenación sacerdotal, fray Joaquín Royo fue destinado a las misiones de China, hacia donde partió en junio de 1715. Tras una breve estancia en Macao, llegaba a su misión: Fogan. No lejos de Amoi, la populosa ciudad de Chuen-Cheu, fue el primer destino del joven misionero. Allí pudo comprobar lo abundante que era la mies, y lo escaso de sus fuerzas. Y buscó en la oración la fuerza sobrenatural sin la cual nada podía. El ejemplo de su virtud, la entrega incondicional a hacer el bien a todos y su celo apostólico hicieron lo demás: conversiones de miles de paganos que daban la espalda a los ídolos y comenzaban una nueva vida de cara al único Dios y a su enviado, Jesucristo.

Las provincias de Kiang-Si y Che-Kiang estaban desatendidas desde la expulsión de los misioneros. Y allí fue enviado fray Joaquín Royo en 1717. Los viejos cristianos, que tanto deseaban la asistencia espiritual del misionero, celebraron con entusiasmo la llegada del padre Royo, y le animaron a conquistar para Cristo a muchos de sus paisanos. Allí permaneció hasta 1722, año en que fue nombrado vicario provincial de Fukien, cuando la persecución de todo lo que llevara el nombre de cristiano estaba llegando a entremos preocupantes.

Desde su llegada a la misión de Ki-Tung, fray Joaquín Royo tuvo que llevar una vida errante, en continuo peligro, escondiéndose como un malhechor. Siguiendo el consejo de los cristianos de Ki-Tung, el vicario provincial se escondía en desvanes, en alacenas, incluso en sepulcros vacíos del cementerio, de donde salía por la noche para ejercer el ministerio clandestinamente. Para las fiestas de Navidad de 1745, disfrazado de campesino chino, volvió a la misión y se alojó en casa de dos terciarias dominicas, Rosa y Juliana. Desde allí, con toda precaución, podía administrar los sacramentos, catequizar, animar a los cristianos abatidos, informarse del estado de los misioneros, de los que era responsable, como vicario provincial. En una pesquisa que los soldados llevaron a cabo en la casa de Rosa y Juliana estuvo a punto de ser descubierto, pero logró escapar y esconderse entre dos tabiques. Allí fue descubierto por los soldados que derribaron toda la casa.

Atado con una soga al cuello, lo condujeron al capitán, a quien, respondiendo a sus preguntas, le dijo con toda serenidad que tenía cincuenta y cuatro años, de los que treinta y uno había estado en China, a donde había ido a predicar la ley de Dios.

Fue llevado a la cárcel. La oración, que había sido durante toda su vida la fuerza de su existencia, lo fue con mayor razón en la dura prisión, en la que sufrió en propia carne los famosos martirios chinos, hasta su muerte.

El día 28 de octubre de 1748, terminó su peregrinación por este mundo de la manera más cruel. Estando echado en el suelo, le taparon la cara con una pasta compuesta de papel, huevos y aguardiente, que le taponaba completamente la boca y la nariz. Un testigo relata el final: "Tiramos sobre su cara un saco de cal, nos pusimos de pie sobre su cuerpo, y sólo pudo dar seis palpitaciones. Así expiró". Su cuerpo fue quemado el día 29 de octubre, y los restos, arrojados al osario de los malhechores. Cuando fue posible, cristianos valerosos se hicieron con las venerables reliquias del mártir aragonés.

La beatificación solemne de Joaquín Royo y otros mártires dominicos la presidió León XIII el 14 de mayo de 1893. Y Juan Pablo II, en una de las más emotivas celebraciones -no exenta de polémica- del Jubileo del Año 2000, el 1 de octubre canonizaba a ciento veinte mártires de China, entre quienes estaba San Joaquín Royo, el protomártir de China, San Francisco Fernández de Capillas y otros misioneros y cristianos chinos.

Fr. José A. Martínez Puche O.P.